

SCARLETT ST. CLAIR

la
CARICIA
de la
OSCURIDAD

SIREN  BOOKS

SCARLETT ST. CLAIR

la
CARICIA
de la
OSCURIDAD

Traducción
de Patricia García Trapero

SIREN  BOOKS

Primera edición: enero 2022

Segunda edición: enero 2022

Tercera edición: febrero 2022

Título original: *A Touch of Darkness*

© de la obra: Scarlett St. Clair, 2019

© de la traducción: Patricia García Trapero, 2022

© de la corrección: Ligia Boga

© diseño de cubierta: Regina Wamba

© adaptación de cubierta: Patricia Rouco

© de las ilustraciones: kotkoa (Freepik.com)

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2022

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-124837-0-3

Depósito legal: M-34757-2021

IBIC: FMR

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Para Ashley Elizabeth Steele y Molly Kathleen McCool

*Gracias por quererme
Mejores amigas para siempre*

LOS NARCISOS



Perséfone estaba sentada al sol.

Había elegido su sitio habitual en The Coffee House, una mesa al aire libre con vistas a una calle peatonal llena de gente. Por el paseo, en fila, había árboles de sombra y macetas con boj, repletos de flores aster de color púrpura y dulces alisos rosas y blancos. El aire soplaba suave y la ligera brisa traía el aroma de la primavera.

Era un día perfecto, y aunque Perséfone había ido a estudiar, le estaba costando concentrarse, ya que sus ojos no paraban de desviarse hacia los narcisos colocados en un fino jarrón sobre la mesa. No había muchos, solo dos o tres, y los pétalos estaban definidos, marchitos y curvados como los dedos de un cadáver.

Los narcisos eran la flor y el símbolo de Hades, el dios de la muerte. Normalmente no decoraban mesas, sino ataúdes. El hecho de que estuvieran en The Coffee House probablemente significara que el dueño estaba de luto; el único momento en que los mortales adoraban al dios del Inframundo.

Perséfone siempre se preguntaba cómo se debía sentir Hades sobre esto, o incluso si le llegaba a importar. Después de todo, era más que el rey del Inframundo. Era el dios más rico de todos, se había ganado

el título de el Rico y había invertido su dinero en algunos de los clubs más conocidos de Nueva Grecia. Y no eran unos clubs cualesquiera, eran los de la élite del juego. Se decía que a Hades le gustaba una buena apuesta y que raramente aceptaba algo que no fuera un alma humana.

En el campus de la universidad, Perséfone había oído mucho sobre los clubs, y su madre, quien a menudo mostraba su desagrado por Hades, le había hablado mal de sus negocios.

—Ha asumido el rol de titiritero —la reprendió Deméter—. Decide el destino como si fuera una de las Moiras. Debería darle vergüenza.

Perséfone nunca había estado en el club de Hades, pero tenía que admitir que sentía curiosidad, tanto por la gente que acudía como por el mismo dios. ¿Qué anhelaban las personas para negociar con su alma? ¿Deseaban dinero, o amor, o riqueza?

¿Y qué decía todo esto de Hades, que tenía toda la riqueza del mundo y solo buscaba ganar almas en vez de ayudar a la gente?

Pero esas eran preguntas para otro momento.

Perséfone tenía trabajo que hacer.

Retiró la mirada de los narcisos y volvió a su portátil. Era jueves, y hacía una hora que había salido de clase. Como siempre, había pedido un *vanilla latte* y necesitaba terminar su artículo de investigación para poder centrarse en sus prácticas en el *Diario de Nueva Atenas*, el periódico líder de la ciudad. Empezaba mañana, y si las cosas iban bien, al graduarse dentro de seis meses tendría trabajo.

Tenía ganas de superarse a sí misma.

Haría las prácticas en el piso número sesenta de la Acrópolis, el punto de referencia de Nueva Atenas, ya que era el edificio más alto de la ciudad con ciento un pisos. Una de las primeras cosas que Perséfone hizo al mudarse aquí, fue subir en el ascensor hasta el observatorio de la última planta, desde donde se podía ver la ciudad al completo. Era todo lo que se había imaginado: bonita, vasta y emocionante. Cuatro años más tarde, le era difícil creer que acudiría allí a diario por trabajo.

El móvil de Perséfone sonó sobre la mesa llamando su atención.

Tenía un mensaje de su mejor amiga, Lexa Sideris, que había sido su primera amiga cuando llegó a Nueva Atenas. Se giró en clase para preguntarle a Perséfone si quería ser su pareja en la asignatura de ciencias. Desde entonces, son inseparables. Perséfone se había sentido fascinada por su nerviosismo, sus tatuajes, su pelo tan oscuro como la noche y su amor por la diosa de la hechicería, Hécate.

«¿Dónde estás?».

«En The Coffee House», respondió Perséfone.

«¿Por qué? ¡Tenemos que celebrarlo!».

Perséfone sonrió. Hace dos semanas le contó a Lexa que había conseguido las prácticas y desde entonces le había estado insistiendo para salir a tomar algo. Perséfone había conseguido posponerlo, pero se le estaban acabando las excusas y Lexa lo sabía.

«Lo estoy celebrando», escribió Perséfone. «Con un *vanilla latte*».

«No con café. Alcohol. Chupitos. Tú + yo. Esta noche».

Antes de que pudiera contestar, una camarera se acercó con el *latte* caliente en una bandeja. Perséfone venía lo suficiente como para saber que la chica era tan nueva como los narcisos. Llevaba dos trenzas y tenía los ojos negros con unas largas pestañas.

—¿*Vanilla latte*? —preguntó la chica con una sonrisa.

—Sí —contestó Perséfone.

La camarera colocó la taza sobre la mesa y se puso la bandeja bajo el brazo.

—¿Necesitas algo más?

Perséfone miró a la chica.

—¿Crees que lord Hades tiene sentido del humor?

No era una pregunta seria, y Perséfone pensó que era divertida, pero los ojos de la chica se abrieron.

—No sé qué quieres decir —contestó.

Se notaba que la camarera estaba incómoda, probablemente al escuchar el nombre de Hades. La gente evitaba decirlo o preferían Aidoneus para no llamar su atención, pero Perséfone no tenía miedo. Quizá tuviera algo que ver con que ella fuera una diosa.

—Creo que debe tener sentido del humor, ¿por qué si no reclamaría los narcisos como suyos? —preguntó—. Son el símbolo de la primavera y la reencarnación.

Sus dedos se posaron sobre los pétalos marchitos. En todo caso, la flor debería ser su símbolo. Perséfone volvió a mirar a la chica y se le sonrojaron las mejillas.

—A-avísame si necesitas algo más —tartamudeó. Inclino la cabeza y volvió al trabajo.

Perséfone sacó una fotografía a su *latte* y se la envió a Lexa antes de beberse.

Se puso los auriculares y consultó su agenda. A Perséfone le gustaba la organización, pero más que eso, le gustaba estar ocupada. Sus semanas siempre estaban llenas: clase los lunes, miércoles y jueves, y hasta tres horas diarias de prácticas. Cuanto más hacía, más excusas tenía para no ir a visitar a su madre a Olimpia.

La semana siguiente tenía un examen y un trabajo de historia, aunque no le preocupaba. Historia era una de sus asignaturas favoritas. Estaban estudiando el Gran Descenso, el nombre que le pusieron al día en que los dioses habían ido a la Tierra, y la Gran Guerra, las horribles y sangrientas batallas que vinieron después.

No pasó mucho tiempo antes de que se perdiera entre su investigación y la escritura. Estaba leyendo a un académico que afirmaba que la decisión de Hades de resucitar a los héroes de Zeus y Atenea había sido el factor decisivo en la batalla final, cuando unas manos con una impecable manicura cerraron su portátil de golpe. Perséfone dio un brinco y se encontró con un par de llamativos ojos azules, enmarcados en un rostro ovalado con una espesa cabellera negra.

—Adivina. Qué.

Perséfone se quitó los auriculares.

—Lexa, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estaba de camino a casa y he pensado que podría pasarme y darte las buenas noticias. —Se balanceó de un lado a otro sobre las puntas de los pies, su pelo negro azulado se agitaba con ella.

—¿Qué noticias? —preguntó Perséfone.

—¡Nos he metido en el Nevernight! —Lexa apenas podía controlar su voz, y al mencionar el famoso club, varias personas se giraron para mirarla.

—¡Shhh! —ordenó Perséfone—. ¿Quieres que nos maten?

Lexa miró a los lados y bajó la voz.

—No seas tonta.

Era imposible entrar en el Nevernight. Había una lista de espera de tres meses y Perséfone sabía por qué. Hades era el dueño.

La mayoría de los negocios llevados por dioses eran increíblemente famosos. La línea de vinos de Dioniso se agotó en segundos y se rumoreaba que contenía ambrosía. También era muy común que los mortales se reunieran en el Inframundo después de beber demasiado néctar. Los vestidos de alta costura de Afrodita eran tan codiciados que una chica mató a alguien por uno hace unos meses. Hubo un juicio y todo.

Y el Nevernight no se quedaba atrás.

—¿Cómo has conseguido estar en la lista? —preguntó Perséfone.

—Un compañero de prácticas no puede ir. Llevaba dos años en la lista de espera. ¿Te puedes creer la suerte que hemos tenido? Tú. Yo. Nevernight. Esta noche.

—No puedo ir.

Lexa dejó caer los hombros.

—Venga, Perséfone... ¡Que es el Nevernight! ¡No quiero ir sola!

—Lleva a Iris.

—Quiero llevarte *a ti*. Se supone que deberíamos estar de celebración. Además, ¡esto es parte de tu vida universitaria!

Perséfone estaba bastante segura de que Deméter no estaría de acuerdo. Había varias cosas que le prometió a su madre antes de venir a Nueva Atenas para asistir a la universidad, una de ellas que se mantendría alejada de los dioses.

Es cierto que no había cumplido muchas de sus promesas. A mitad del primer semestre había cambiado de especialidad, de botánica a

periodismo. Nunca olvidaría la tensa sonrisa de su madre, ni la forma en que había dicho «qué bien» con los dientes apretados cuando descubrió la verdad. Perséfone había ganado la batalla, pero Deméter le declaró la guerra. Al día siguiente, dondequiera que fuera, una de las ninfas de Deméter la acompañaba. Sin embargo, especializarse en botánica no era tan importante como mantenerse alejada de los dioses, porque estos no sabían que Perséfone existía.

Bueno, sabían que Deméter tenía una hija, pero nunca había sido presentada en Olimpia. Y definitivamente no sabían que se hacía pasar por una mortal. Perséfone no estaba segura de cómo reaccionarían los dioses al descubrirla, pero sabía cómo lo haría el mundo entero, y no sería bueno. Tendrían un nuevo dios que estudiar y escudriñar. Ya no podría vivir en paz, perdería la libertad que acababa de ganar, y eso no le interesaba.

Perséfone no solía estar de acuerdo con su madre, pero incluso ella sabía que era mejor llevar una vida normal y mortal. Ella no era como otros dioses y diosas.

—Necesito estudiar y terminar un trabajo, Lexa. Además, mañana empiezo mis prácticas.

Estaba decidida a causar una buena impresión y presentarse con resaca o falta de sueño en su primer día de prácticas no era la manera de hacerlo.

—¡Has estudiado!

Lexa señaló su portátil y el montón de apuntes sobre la mesa. Pero lo que realmente Perséfone había estado haciendo era estudiar una flor y pensar en el dios de los muertos.

—Y las dos sabemos que ya has terminado ese trabajo, solo que eres una perfeccionista.

Las mejillas de Perséfone se sonrojaron. ¿Y qué si era verdad? Los estudios eran lo primero y lo único que se le daba bien.

—¡Por favor, Perséfone! Nos iremos pronto para que puedas descansar.

—¿Y qué voy a hacer en el Nevernight, Lex?

—¡Bailar! ¡Beber! ¡Besar! ¿Tal vez alguna apuesta? No lo sé, ¿pero no es eso lo divertido?

Perséfone se sonrojó de nuevo y desvió la mirada hacia los narcisos, que parecían devolvérsela reflejando todos sus fracasos. Nunca había besado a un chico. Nunca había estado rodeada de hombres hasta que llegó a la universidad, e incluso entonces mantenía las distancias, sobre todo por miedo a que su madre se presentara y los aniquilara.

No era una exageración. Deméter siempre la había prevenido de los hombres.

—Eres dos cosas para los dioses —le había dicho a Perséfone cuando era muy joven—: un juego de poder o un juguete.

—Te equivocas, madre. Los dioses aman. Hay varios que están casados.

Deméter se había reído.

—Los dioses se casan por poder, mi flor.

Y a medida que Perséfone se hizo mayor, se dio cuenta de que lo que decía su madre era cierto. Ninguno de los dioses que estaban casados se amaban de verdad, y pasaban la mayor parte del tiempo engañándose para luego buscar venganza por la traición. Eso significaba que Perséfone iba a morir virgen, porque Deméter había dejado claro que los mortales tampoco eran una opción.

—Ellos... envejecen —había dicho con disgusto.

Perséfone había decidido no discutir con su madre sobre que la edad no importa si se trata de amor verdadero, porque se había dado cuenta de que Deméter no creía en el amor. Bueno, al menos no en el amor romántico.

—Yo... no tengo nada que ponerme. —Perséfone intentó escabullirse, sin mucho éxito.

—Puedes tomar prestada cualquier cosa de mi armario. Incluso te peinaré y te maquillaré. Por favor, Perséfone.

Frunció los labios, pensándose. Tendría que escaquearse de las ninfas que su madre había plantado en su apartamento y reforzar su *glamour*; lo que causaría problemas. Deméter querría saber por qué

Perséfone necesitaba de repente más magia, aunque podría decirle que era para las prácticas.

Sin el *glamour*, el anonimato de Perséfone quedaría arruinado, ya que había una característica obvia que identificaba a todos los dioses como Divinos, y eran sus cuernos. Los de Perséfone eran blancos y se elevaban en espiral como los de un gran kudú, y aunque su *glamour* habitual nunca había fallado con los mortales, no estaba tan segura de que funcionara con un dios tan poderoso como Hades.

—No quiero conocer a Hades —dijo por fin.

Esas palabras tenían un sabor amargo en su lengua porque en realidad eran una mentira. Una afirmación más realista sería que sentía curiosidad por él y por su mundo. Le parecía interesante que fuera tan escurridizo y que las apuestas que hacía con los mortales fueran tan horribles. El dios de los muertos representaba todo lo que ella no era: oscuro y tentador. Tentador porque él era un misterio y los misterios eran aventuras, y eso era lo que realmente Perséfone ansiaba. Le gustaría hacerle algunas preguntas; tal vez fuera la periodista que había en ella.

—Hades no estará —dijo Lexa—. Los dioses nunca dirigen sus propios negocios.

Eso era cierto, y probablemente aún más cierto en Hades. Era bien sabido que prefería la oscura penumbra del Inframundo.

Lexa miró fijamente a Perséfone durante un largo rato y luego volvió a inclinarse sobre la mesa.

—¿Se trata de tu madre? —preguntó en voz baja.

Perséfone miró a su amiga por un momento, sorprendida. Nunca hablaba de su madre. Supuso que cuanto menos hablara sobre ella, menos preguntas tendría que responder y menos mentiras tendría que decir.

—¿Cómo lo sabes? —Fue lo único que se le ocurrió decir.

Lexa se encogió de hombros.

—Bueno, nunca hablas de ella y se pasó por el apartamento hace un par de semanas mientras estabas en clase.

—¿Qué? —Perséfone se quedó con la boca abierta. Era la primera vez que sabía algo de esa visita—. ¿Qué dijo? ¿Por qué no me lo has contado?

Lexa levantó las manos.

—Vale. Primero, tu madre da miedo. Es decir, es preciosa como tú, pero... —Lexa hizo una pausa y se estremeció—. Fría. Y segundo, me dijo que no te lo contara.

—¿Y le hiciste caso?

—Bueno, sí. Pensé que ella te lo diría. Dijo que esperaba sorprenderte, pero que como no estabas en casa, simplemente te llamaría.

Perséfone puso los ojos en blanco. Deméter no la había llamado y eso era porque seguramente había estado allí buscando algo.

—¿Entró en nuestro apartamento?

—Pidió ver tu habitación.

—Mierda.

Perséfone iba a tener que comprobar los espejos. Era posible que su madre hubiera puesto un hechizo para poder controlarla.

—De todos modos, tengo la sensación de que es... sobreprotectora.

Y eso era quedarse corta. Deméter era sobreprotectora hasta el punto de que Perséfone no tuvo prácticamente ningún contacto con el mundo exterior durante dieciocho años de su vida.

—Sí, es una zorra.

Lexa levantó las cejas, con aspecto divertido.

—Tus palabras, no las mías. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Quieres hablar de ello?

—No —dijo Perséfone. Hablar de ello no haría que se sintiera mejor, pero ir al Nevernight, sí. Sonrió—. Pero iré contigo esta noche.

Probablemente mañana se arrepentiría de la decisión, sobre todo si Deméter se enteraba, pero ahora mismo se sentía rebelde y ¿qué mejor manera de rebelarse que ir al club del dios menos favorito de su madre?

—¿De verdad? —Lexa dio una palmada—. ¡Oh, dioses, nos divertiremos tanto, Perséfone! —Lexa se puso en pie de un salto—. ¡Tenemos que empezar a prepararnos!

—Solo son las tres.

—Ya. —Lexa se tiró del pelo largo y oscuro—. Tengo el pelo asqueroso. Además, tardo una eternidad en arreglármelo y ahora tengo que peinarte y maquillarte a ti también. Tenemos que empezar ya.

Perséfone no hizo ningún ademán de irse.

—Te alcanzaré en un momento —dijo—. Lo prometo.

Lexa sonrió.

—Gracias, Perséfone. Será genial. Ya verás.

Lexa la abrazó antes de irse prácticamente bailando.

Perséfone sonrió, viendo a Lexa marcharse. En ese momento, la camarera regresó y retiró la taza de Perséfone. La mano de la diosa salió disparada y sujetó con fuerza la muñeca de la chica.

—Si informas a mi madre de algo que no sea lo que yo te diga, te mataré.

Era la misma chica de antes, con sus bonitas trenzas y sus ojos oscuros, pero bajo el *glamour* de joven universitaria se entreveían los rasgos de una ninfa: nariz pequeña, ojos vibrantes y rasgos angulosos. Perséfone se había dado cuenta antes, cuando la chica le había servido su bebida, pero no había sentido la necesidad de amenazarla. La ninfa solo estaba haciendo lo que Deméter le había dicho que hiciera: espiar. Pero después de la conversación con Lexa, Perséfone no iba a correr ningún riesgo.

La chica se aclaró la garganta y evitó la mirada de Perséfone.

—Si tu madre descubre que le he mentado, me matará.

—¿A quién temes más? —Perséfone había aprendido hacía tiempo que las palabras eran su arma más poderosa.

Apretó la muñeca de la chica antes de soltarla. La ninfa limpió rápidamente y salió corriendo. Perséfone tuvo que admitir que se sentía mal por la amenaza, pero odiaba que la siguieran y la observaran. Las ninfas eran como las garras de Deméter y se clavaban en la piel de Perséfone.

Sus ojos se posaron sobre el narciso moribundo y acarició los pétalos marchitos con la punta de los dedos. Si Deméter lo hubiera

tocado, se habría llenado de vida, pero al hacerlo ella, se enroscó y se desmoronó.

Perséfone podía ser la hija de Deméter y la diosa de la primavera, pero no era capaz ni de revivir una maldita flor.

II

NEVERNIGHT



El Nevernight era una esbelta pirámide de obsidiana sin ventanas, más alta que los brillantes edificios que la rodeaban, y desde la distancia, parecía una alteración de la estructura de la ciudad. La torre podía verse desde cualquier punto de Nueva Atenas. Deméter había dicho que la única razón por la que Hades construyó la torre tan alta era para recordar a los mortales su vida finita.

Cuanto más tiempo esperaba Perséfone fuera del club de Hades, más nerviosa se ponía. Lexa había ido a hablar con un par de chicas que conocía del colegio que estaban más adelante en la cola, dejándola sola. Estaba fuera de su zona de confort, rodeada de extraños, preparándose para entrar en el territorio de otro dios y llevando un provocador vestido. No paraba de cruzar y descruzar los brazos, incapaz de decidir si quería ocultar el escote o no. Perséfone le había pedido prestado a Lexa el vestido rosa brillante, pero su amiga tenía muchas menos curvas. El pelo le caía en rizos sueltos alrededor de la cara y Lexa la había maquillado lo mínimo para mostrar su belleza natural.

Si su madre la viera, la mandarían de vuelta al invernadero, o como Perséfone lo llamaba, la prisión de cristal.

Aquel pensamiento hizo que se le revolviera el estómago. Miró a su alrededor, preguntándose si las espías de Deméter estarían cerca. ¿Habría sido suficiente su amenaza a la camarera para que no dijera nada sobre sus planes con Lexa? Desde que le dijo a su mejor amiga que iría esta noche, su imaginación había dado rienda suelta a todas las formas en las que Deméter podría castigarla si la descubría. A pesar de que su madre la cuidaba, era muy severa y vengativa. De hecho, Deméter tenía todo un terreno en el invernadero dedicado al castigo: cada flor que allí crecía había sido una ninfa, un rey o una criatura que había provocado su ira. Fue esa ira la que hizo que Perséfone se hubiera puesto paranoica y revisara todos los espejos de su casa cuando había regresado al apartamento.

—¡Por los dioses! —Lexa estaba espectacular vestida de rojo, y la gente la siguió con la mirada durante todo el camino hasta que llegó al lado de Perséfone—. ¿No es precioso?

Perséfone casi se rio. En verdad no le impresionaba la grandeza de los dioses; si alardeaban de su riqueza, inmortalidad y poder, lo menos que podían hacer era ayudar a la humanidad. En su lugar, los dioses se dedicaban a enfrentar a los mortales entre ellos, destruyendo y reconstruyendo el mundo por diversión.

Perséfone volvió a mirar la torre y frunció el ceño.

—El negro no va conmigo.

—Ya cambiarás de opinión cuando pongas los ojos en Hades —dijo Lexa.

Perséfone le lanzó una mirada asesina a su compañera de piso.

—¡Me dijiste que no estaría aquí!

Lexa puso las manos sobre los hombros de Perséfone y la miró a los ojos.

—Perséfone, no me malinterpretes... estás muy buena y todo eso, pero... ¿cuáles son las probabilidades de que llames la atención de Hades? Este lugar está lleno de gente.

Lexa tenía razón y, sin embargo, ¿qué pasaría si su *glamour* fallara? Sus cuernos llamarían la atención de Hades. De ninguna manera

dejaría pasar la oportunidad de enfrentarse a otro dios en su local, especialmente a uno que no conocía.

A Perséfone se le hizo un nudo en el estómago, se arregló el pelo y se alisó el vestido. No fue consciente de que Lexa la observaba hasta que habló.

—Sabes, podrías ser sincera y admitir que te gustaría conocerlo.

Perséfone soltó una risa temblorosa.

—No quiero conocer a Hades.

No estaba segura de por qué le resultaba tan difícil decir que estaba interesada en conocer al dios, pero no se atrevía a admitirlo. Lexa la miró con complicidad, pero antes de que su mejor amiga pudiera decir algo, se oyeron gritos que provenían del principio de la fila. Perséfone se asomó para ver qué pasaba.

Un hombre intentaba golpear a un gran ogro que custodiaba la entrada del club; una de las despiadadas y brutales criaturas que Hades empleaba para vigilar su fortaleza. Por supuesto, fue una idea terrible; el ogro ni se inmutó cuando agarró la muñeca del hombre. De entre las sombras surgieron otros dos ogros, grandes y vestidos de negro.

—¡No! ¡Esperad! ¡Por favor! Solo quiero... ¡solo necesito que ella vuelva! —gimió el hombre mientras las criaturas lo agarraban y se lo llevaban a rastras.

Pasó mucho tiempo hasta que Perséfone dejó de oír su voz. A su lado, Lexa suspiró.

—Siempre hay alguien así.

Perséfone le lanzó una mirada incrédula.

Lexa se encogió de hombros.

—¿Qué? Siempre hay una historia en *El oráculo de Delfos* sobre algún mortal que intenta entrar en el Inframundo para rescatar a sus seres queridos.

El oráculo de Delfos era la revista de cotilleos favorita de Lexa. Había pocas cosas que competían con su obsesión por los dioses, excepto quizá la moda.

—Pero eso es imposible —afirmó Perséfone.

Todo el mundo sabía que Hades tenía fama de hacer cumplir las leyes de las fronteras de su reino: ningún alma entra y ninguna sale sin su conocimiento. Perséfone tenía la sensación de que ocurría lo mismo con su club. Y ese pensamiento le produjo escalofríos.

—Eso no impide que la gente lo intente —dijo Lexa.

Cuando ella y Lexa llegaron a la altura del ogro, Perséfone se sintió expuesta. Una mirada a los pequeños y brillantes ojos de la criatura hizo que estuviera a punto de volverse a casa. En cambio, cruzó los brazos sobre el pecho y trató de evitar mirar durante demasiado tiempo el rostro deforme del monstruo. Estaba cubierto de forúnculos y su prognatismo dejaba al descubierto unos dientes afilados. Aunque la criatura no podía ver a través de su *glamour* —la magia de su madre era superior a la de los ogros—, sabía que ella tenía muchos espías en Nueva Atenas. No podía confiarse.

Lexa dio su nombre y el ogro hizo una pausa mientras hablaba por un micrófono enganchado en la solapa de su chaqueta. Tras un momento, se adelantó y abrió la puerta del Nevernight.

Perséfone se sorprendió al ver que el pequeño espacio al que entraron era tenue y silencioso, y que los dos ogros de antes habían regresado y ahora ocupaban ese lugar. Las criaturas recorrieron con la mirada a Lexa y Perséfone antes de hablar.

—¿Bolsos?

Abrieron sus bolsos de mano para que los dos pudieran comprobar si había objetos prohibidos, móviles y cámaras incluidos. La única regla en el Nevernight era que no estaba permitido hacer fotos. De hecho, Hades tenía esta norma para cualquier evento al que asistiera.

—¿Cómo se enteraría Hades si algún mortal curioso hiciera una foto? —le había preguntado antes Perséfone a Lexa cuando le explicó la regla.

—No tengo ni idea de cómo lo sabe —admitió Lexa—. Solo sé que lo sabe, y las consecuencias no merecen la pena.

—¿Cuáles son las consecuencias?

—Un móvil roto, la expulsión del Nevernight y un artículo en una revista de cotilleos.

Perséfone sintió escalofríos. Hades iba en serio, y supuso que tenía sentido: el dios era notoriamente reservado. Ni siquiera se le había relacionado con una amante. Perséfone dudaba de que Hades hubiera hecho un voto de castidad como Artemisa y Atenea, y aun así se las había arreglado para mantenerse alejado de la opinión pública. En cierto modo, ella admiraba eso de él.

Una vez que acabaron, los ogros abrieron otra serie de puertas. Lexa agarró la mano de Perséfone y tiró de ella. Una ráfaga de aire frío la golpeó, trayendo el aroma de licor, sudor y algo parecido a naranjas amargas.

Narcisos. Perséfone reconoció el aroma.

La diosa de la primavera se encontró en un balcón que daba a la planta baja del club. Había gente apiñada por todas partes: alrededor de las mesas jugando a las cartas y bebiendo en la barra codo con codo; sus siluetas estaban iluminadas por una luz roja. Varios reservados de lujo con un ambiente acogedor estaban repletos de gente, pero fue el centro del club lo que llamó la atención de Perséfone. A un nivel más bajo, había una pista de baile con cuerpos agrupados, moviéndose como agua en un cuenco. Las personas se movían unas contra otras a un ritmo hipnótico bajo un foco de luz roja. Por encima, el techo estaba revestido con arañas de cristal y hierro forjado.

—¡Vamos!

Lexa tiró de Perséfone para que bajara un par de escalones hasta la planta baja. Se agarró con fuerza a la mano de Lexa, temiendo perderla mientras se movían entre la multitud. Tardó un momento en saber en qué dirección iba su amiga, pero pronto llegaron al bar y se apretujaron en un espacio que solo era para una persona.

—Dos manhattans —ordenó Lexa.

En el momento en que cogió su bolso, un brazo se interpuso entre ellas y arrojó unos cuantos dólares.

—Yo invito.

Lexa y Perséfone se volvieron y se encontraron a un hombre detrás de ellas. Tenía una mandíbula tan afilada como un diamante, el pelo

grueso y rizado tan oscuro como sus ojos, y su piel era de un hermoso y reluciente color marrón. Era uno de los hombres más guapos que Perséfone había visto nunca.

—Gracias —exhaló Lexa.

—De nada —contestó, enseñando unos bonitos dientes blancos, agradables a la vista en comparación con los espantosos colmillos del ogro—. ¿Es vuestra primera vez en el Nevernight?

—Sí. ¿Y tú? —respondió rápidamente Lexa.

—Oh... soy cliente habitual —dijo.

Perséfone miró a Lexa, que soltó exactamente lo que ella estaba pensando.

—¿Cómo?

El hombre soltó una afectuosa carcajada.

—Suerte, supongo. —Extendió la mano—. Soy Adonis.

Estrechó la mano de Lexa y luego la de Perséfone mientras le decían sus nombres.

—¿Os gustaría veniros a mi mesa?

—Claro —dijeron al unísono, entre risas.

Perséfone y Lexa, con sus bebidas en la mano, siguieron a Adonis hasta uno de los reservados que habían visto desde el balcón. Cada zona tenía dos sofás de terciopelo en forma de medialuna con una mesa entre ellos. Ya había varias personas allí, seis chicos y cinco chicas, pero se movieron para que Lexa y Perséfone pudieran sentarse.

—Chicos, ellas son Lexa y Perséfone.

Adonis presentó a su grupo de amigos y dijo sus nombres, pero Perséfone solo se quedó con los que estaban más cerca de ella: Aro y Jerjes eran gemelos, lucían el mismo pelo pelirrojo, unas cuantas pecas, unos bonitos ojos azules y cuerpos delgados como un sauce. Sibila era rubia y guapa, sus piernas largas se asomaban bajo su sencillo vestido blanco; estaba sentada entre los gemelos y se inclinó sobre Aro para hablar con Perséfone y Lexa.

—¿De dónde sois? —preguntó.

—Jonia —dijo Lexa.

—Olimpia —dijo Perséfone.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par.

—¿Vivías en Olimpia? Seguro que es preciosa.

Perséfone había vivido muy lejos de la ciudad, en el invernadero de cristal de su madre, y no había visto mucho de Olimpia. Era uno de los destinos turísticos más populares de Nueva Grecia, donde los dioses celebraban el Consejo y tenían extensas fincas. Cuando las deidades estaban fuera, muchas de las mansiones y los jardines que las rodeaban se podían visitar.

—Es muy bonita —coincidió Perséfone—. Pero Nueva Atenas también lo es. Yo... no tenía mucha libertad en Olimpia.

Sibila mostró una sonrisa comprensiva.

—¿Padres?

Perséfone asintió.

—Todos somos de Nueva Delfos, hace cuatro años vinimos aquí por la universidad —dijo Aro, señalando a Sibila y a su hermano.

—Nos gusta la libertad que hay aquí —bromeó Jerjes.

—¿Qué estáis estudiando? —preguntó Perséfone.

—Arquitectura —dijeron los chicos al unísono—. En la Facultad de Hestia.

—Yo estoy en la Facultad de la Divinidad —dijo Sibila.

—Sibila es un oráculo —Aro la señaló con el pulgar.

La chica se sonrojó y desvió la mirada.

—¡Eso significa que vas a servir a un dios! —Lexa se quedó boquiabierta.

Los oráculos eran puestos codiciados entre los mortales, y para llegar a serlo había que nacer con ciertos dones proféticos. Actuaban como mensajeros de los dioses. En la antigüedad, eso significaba servir en los templos; ahora, ser su jefe de prensa. Los oráculos daban discursos y organizaban ruedas de prensa, especialmente cuando un dios tenía algo profético que comunicar.

—Apolo ya le ha echado el ojo —dijo Jerjes.

Sibila puso los ojos en blanco.

—No es tan bonito como parece. A mi familia no le hizo mucha gracia.

Sibila no tuvo que decir nada más para que Perséfone lo entendiera. Sus padres eran lo que los fieles y los temerosos de los dioses llamaban Impíos.

Los Impíos eran un grupo de mortales que rechazaron a los dioses cuando llegaron a la Tierra. Ya se sentían abandonados, por lo que no estaban dispuestos a obedecer. Hubo una revuelta y surgieron dos bandos. Incluso los dioses que apoyaban a los Impíos utilizaron a los mortales como marionetas, arrastrándolos por los campos de batalla, y durante un año reinó la destrucción, el caos y la guerra. Tras el final de la batalla, los dioses habían prometido una nueva vida, algo mejor que los Campos Elíseos —al parecer, esto no le gustó demasiado a Hades—, y los dioses cumplieron su promesa: unieron continentes y bautizaron la tierra como Nueva Grecia, dividiéndola en territorios con grandes y resplandecientes ciudades.

—Bueno, mis padres hubieran estado eufóricos —dijo Lexa.

Perséfone se encontró con la mirada de Sibila.

—Siento que no se hayan alegrado por ti.

Se encogió de hombros.

—Es mejor ahora que estoy aquí.

Perséfone tuvo la sensación de que ella y Sibila tenían mucho en común en cuanto a sus padres.

Varios chupitos más tarde, la conversación derivó en divertidas anécdotas sobre la amistad del trío, y Perséfone se distrajo con todo lo que la envolvía. Se fijó en los pequeños detalles, como los hilos de luces diminutas que parecían estrellas en la oscuridad, los narcisos de un solo tallo en las mesas de cada reservado y las barandillas de hierro forjado del balcón del segundo piso, donde se asomaba una figura solitaria.

Su mirada se quedó fija en esa figura, contemplando un par de ojos sombríos. ¿Creía que Adonis era el hombre más guapo que había visto nunca? Pues estaba equivocada. Ese hombre la estaba mirando.

No podía distinguir el color de sus ojos, pero prendieron fuego bajo su piel, y fue como si él lo supiera. Sus labios carnosos se curvaron en una dura sonrisa, desviando la atención sobre su fuerte mandíbula cubierta de una incipiente barba oscura. Era alto, debía medir más de dos metros, y vestía de forma sombría, desde su pelo oscuro hasta su traje negro.

Se le secó la garganta y de repente se sintió incómoda. Se inquietó y cruzó las piernas, arrepintiéndose al instante de haberlo hecho, ya que la mirada del hombre se posó en ella y se mantuvo durante un momento antes de volver a deslizarse por su cuerpo, deteniéndose en sus curvas. El fuego se acumuló en su estómago, recordándole lo vacía que se sentía y lo desesperada que estaba por sentirse llena.

¿Quién era ese hombre y cómo podía sentirse así por un desconocido? Necesitaba romper esa conexión que había creado una energía tan asfixiante entre ellos. Le bastó con ver cómo un par de delicadas manos se deslizaban desde atrás alrededor de la cintura del hombre. No esperó a ver la cara de la mujer, se volvió hacia Lexa y se aclaró la garganta.

El grupo ahora estaba hablando del pentatlón, una competición anual de atletismo con cinco pruebas deportivas diferentes, que incluían salto de longitud, lanzamiento de jabalina, lanzamiento de disco, lucha y una serie de carreras cortas. Era un evento muy conocido en las ciudades altamente competitivas de Nueva Grecia y, aunque Perséfone no era una aficionada a los deportes, le encantaba el espíritu del pentatlón y disfrutaba animando a Nueva Atenas en el torneo. Intentó seguir la conversación, pero su cuerpo estaba muy excitado y su mente en otras cosas, como, por ejemplo, cómo sería que el hombre del balcón la tomara. Él podría llenar este vacío, alimentar este fuego, acabar con su sufrimiento. Pero era evidente que estaba ocupado, y si no, estaría comprometido con otra mujer.

Se resistió a mirar por encima del hombro para ver si él seguía en el mismo lugar, hasta que la curiosidad la venció. Y cuando miró, el balcón estaba vacío. Frunció el ceño, decepcionada, y giró el cuello, buscando entre la multitud.

—¿Buscando a Hades? —bromeó Adonis, y la mirada de Perséfone se dirigió a la suya.

—Oh, no...

—He escuchado que esta noche estaría por aquí —interrumpió Lexa.

Adonis se rio.

—Sí, suele estar arriba.

—¿Qué hay arriba? —preguntó Perséfone.

—Una sala. Es más tranquila. Más íntima. Supongo que prefiere la paz cuando está negociando los términos.

—¿Términos? —repitió Perséfone.

—Sí, ya sabes, para sus contratos. Los mortales vienen aquí para jugar con él a cambio de dinero, o amor, o lo que sea. La parte jodida es que, si el mortal pierde, él elige la apuesta. Y normalmente les pide que hagan algo imposible.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo visto puede ver los vicios o lo que sea. Así que al alcohólico le pide que se mantenga sobrio y al adicto al sexo que sea casto. Si lo consiguen, pueden vivir. Si no, se queda con su alma. Es como si quisiera que perdieran.

Perséfone se sintió angustiada. No conocía el alcance de las apuestas de Hades, lo máximo que había oído era que pedía el alma del mortal, pero esto parecía mucho, mucho peor. Era... manipulación. ¿Cómo era posible que Hades conociera las debilidades de los mortales? ¿Consultaba a las Moiras o poseía él mismo ese poder?

—¿Está permitido subir? —preguntó Perséfone.

—Sí, si te dan la contraseña —dijo Adonis.

—¿Cómo se consigue la contraseña? —preguntó Lexa.

Adonis se encogió de hombros.

—Y yo qué sé. No vengo aquí para negociar con el dios de los muertos.

Aunque Perséfone no tenía ningún deseo de negociar con Hades, se preguntaba cómo se podía conseguir la contraseña. ¿Cómo aceptaba

Hades una apuesta? ¿Acaso los mortales ofrecían su caso al dios y este consideraba cuál era digno?

Lexa se puso de pie, agarrando la mano de Perséfone.

—Perséfone, al baño.

La arrastró por la abarrotada sala hasta el baño. Mientras esperaban al final de la larga cola, Lexa se inclinó hacia Perséfone con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

—¿Has visto alguna vez a un hombre más atractivo? —dijo con entusiasmo.

Perséfone frunció el ceño.

—¿Adonis?

—¡Pues claro, Adonis! ¿Quién si no?

A Perséfone le habría gustado informar a Lexa de que, mientras estaba contemplando a Adonis, se había perdido al hombre que realmente merecía ese término.

En lugar de eso, dijo:

—Te has pillado por él.

—Estoy enamorada.

Perséfone puso los ojos en blanco.

—No puedes estar enamorada, ¡si acabas de conocerlo!

—Vale, quizá no esté enamorada. Pero si me pidiera que fuera la madre de sus hijos, aceptaría.

—Eres ridícula.

—Solo soy sincera. —Sonrió. Luego miró a Perséfone con seriedad y dijo—: Está bien ser vulnerable, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir? —La pregunta de Perséfone sonó más cortante de lo que pretendía.

Lexa se encogió de hombros.

—Da igual.

Perséfone quiso pedirle que se explicara, pero antes de que pudiera, un baño quedó libre y Lexa entró. Perséfone esperó, ordenando sus pensamientos, intentando averiguar de qué podía estar hablando Lexa, cuando otro quedó libre.

Después de salir del baño, Perséfone buscó a Lexa, creyendo que estaría esperándola, pero no la vio. Miró hacia el balcón donde supuestamente Hades hacía sus tratos, ¿habría subido su amiga?

Entonces su mirada se encontró con un par de ojos color turquesa, eran de una mujer que estaba apoyada en una columna al final de la escalera. Perséfone pensó que le resultaba familiar, pero no pudo ubicarla. Su pelo era como la seda dorada y tan radiante como el Sol de Helios; su piel, de color crema y llevaba una versión moderna de un peplo que iba a juego con sus ojos.

—¿Buscas a alguien? —preguntó.

—A mi amiga —dijo Perséfone—. Iba vestida de rojo.

—Subió. —La mujer inclinó la barbilla hacia los escalones y Perséfone siguió su mirada—. ¿Has estado allí?

—Oh, no... no he estado —dijo Perséfone.

—Puedo darte la contraseña.

—¿Cómo la has conseguido?

La mujer se encogió de hombros.

—Aquí y allá. —Hizo una pausa—. ¿Y bien?

Perséfone no podía negar que sentía curiosidad. Esta era la emoción que había estado buscando, la aventura que ansiaba.

—Dímela.

La mujer se rio y sus ojos brillaron de una manera que hizo que Perséfone se pusiera en guardia.

—Pathos.

Tragedia. A Perséfone le pareció terriblemente siniestro.

—Gra-gracias —dijo, y subió la escalera de caracol hasta el segundo piso.

Cuando llegó, no encontró más que un conjunto de puertas oscuras adornadas con oro y una gorgona haciendo guardia. El rostro de la criatura estaba repleto de cicatrices que incluso se podían ver a través de la venda blanca que cubría sus ojos. Al igual que otras de su especie, en algún momento había tenido serpientes en vez de pelo. Ahora, una capa blanca con capucha cubría su cabeza y ocultaba su cuerpo.

Al acercarse, Perséfone se dio cuenta de que las paredes eran reflectantes y se vio a sí misma, observando el rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos. Su *glamour* se había debilitado desde que llegó. Esperaba poder culpar a la emoción y al alcohol si alguien lo llegaba a notar. Perséfone no estaba segura de por qué se sentía tan nerviosa, tal vez porque no sabía qué encontraría más allá de aquellas puertas.

La gorgona levantó la cabeza, pero no habló. Durante un momento hubo silencio, y luego la criatura inspiró y Perséfone se quedó helada.

—Divina —murmuró la gorgona.

—¿Perdón? —preguntó Perséfone.

—Diosa.

—Te equivocas.

La gorgona se rio.

—Puede que no tenga ojos, pero reconozco a un dios cuando lo huelo. ¿Cuánta esperanza tienes de entrar?

—Eres valiente para ser una criatura que sabe que habla con una diosa —dijo Perséfone.

La gorgona sonrió.

—¿Solo eres una diosa cuando te apetece?

—¡Pathos! —espetó Perséfone.

La gorgona mantuvo su sonrisa, pero abrió la puerta y no hizo más preguntas.

—Disfrute, milady.

Perséfone miró fijamente al monstruo mientras entraba en una sala más pequeña y llena de humo. A diferencia de la planta principal del club, este espacio era íntimo y tranquilo. En el techo, había una única y gran lámpara de araña que proporcionaba suficiente luz para iluminar las mesas y las caras, pero no mucho más. Había varios grupos de personas reunidas jugando a las cartas, y ninguno de ellos pareció reparar en ella.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, empezó a mirar alrededor buscando a Lexa, pero se distrajo con la gente y los juegos. Observó cómo unas elegantes manos repartían las cartas y escuchó cómo los

jugadores de las mesas charlaban entre sí. Entonces llegó a una con forma ovalada cuyos ocupantes se marchaban. No estaba segura de qué la atrajo hasta allí, pero decidió sentarse.

El crupier asintió.

—*Madame.*

—¿Juegas? —preguntó una voz.

De repente, le dio un vuelco el corazón.

Se giró y se encontró con un par de ojos infinitos. El hombre del balcón estaba de pie detrás de ella. Su sangre ardió hasta un nivel insostenible, haciendo que se sonrojara. Cruzó las piernas con fuerza y cerró las manos en puños para evitar sentirse nerviosa bajo su mirada.

De cerca, pudo acabar de formarse una idea de su aspecto físico. Era hermoso de una manera oscura, de una manera que prometía romperte el corazón. Sus ojos eran de color obsidiana y estaban enmarcados por gruesas pestañas, y el pelo lo tenía recogido en un moño en la nuca. Había acertado en que era alto porque tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrar su mirada.

Cuando a Perséfone le empezó a doler el pecho, se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración desde que el hombre se acercó. Lentamente, tomó aire, y con él, su olor: humo, especias y aire invernal. Todos los espacios vacíos de su interior se llenaron.

Mientras ella lo miraba, él tomó un sorbo de su vaso, lamiéndose los labios. Era la encarnación del pecado. Perséfone podía sentirlo en la forma en que su cuerpo respondía al suyo y no quería que él lo supiera. Así que sonrió.

—Estoy dispuesta a jugar si tú estás dispuesto a enseñarme.

Sus labios se torcieron y arqueó una ceja oscura. Tomó otro trago, se acercó a la mesa y se sentó junto a ella.

—Es valiente sentarse en una mesa sin conocer las normas del juego.

Ella se encontró con la mirada del hombre.

—¿Cómo voy a aprender si no?

—Mmm... —Lo sopesó, y Perséfone decidió que le encantaba su voz—. Perspicaz.

El hombre se quedó mirándola como si intentara situarla, y ella se estremeció.

—No te había visto nunca.

—Bueno, es que nunca había estado aquí —dijo, e hizo una pausa—. Debes venir a menudo.

Torció los labios.

—Lo hago.

—¿Por qué? —preguntó. Perséfone se sorprendió de haber dicho eso en voz alta, y el hombre también. Alzó las cejas. Ella trató de reponerse—. Quiero decir... no tienes por qué responder a eso.

—Te responderé. Si me contestas a una pregunta.

Ella lo miró fijamente por un momento, luego asintió.

—Vale.

—Vengo porque es... *divertido* —dijo, pero no parecía saber qué era eso—. Ahora tú... ¿por qué estás aquí esta noche?

—Mi amiga Lexa estaba en la lista.

—No. Esa es la respuesta a una pregunta diferente. ¿Por qué estás aquí esta noche?

Ella consideró su pregunta.

—Parecía una rebeldía en ese momento.

—¿Y ahora no estás tan segura?

—Oh, estoy segura de que es una rebeldía. —Perséfone arrastró el dedo por la superficie de la mesa—. Es que no estoy segura de cómo me sentiré mañana.

—¿Contra quién te estás rebelando?

Ella lo miró y sonrió.

—Dijiste una pregunta.

Su sonrisa coincidió con la de ella e hizo que su corazón latiera con más fuerza en su pecho.

—Eso dije.

Perséfone sintió que esos ojos interminables podían ver a través de ella, no el *glamour*; ni siquiera su piel o sus huesos, sino su esencia, y eso hizo que se estremeciera.

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—¿Qué?

—Has estado temblando desde que te sentaste.

Sintió que su cara se enrojecía.

—¿Quién era la mujer que estaba contigo antes?

La confusión nubló su rostro, pero luego desapareció.

—Oh, Mente. Siempre mete las manos donde no debe.

Perséfone palideció: sonaba como si fuera una amante, y si ese era el caso, no le interesaba.

—Yo... creo que debería irme.

Él la detuvo poniendo una mano sobre la suya. Su tacto era electrizante y la excitó de arriba abajo. Se apartó rápidamente.

—No —dijo él, casi como una orden, y Perséfone lo miró fijamente.

—¿Perdón?

—Lo que quiero decir es que aún no te he enseñado a jugar. —Su voz bajó hasta convertirse en un rumor hipnótico—. Permíteme.

Fue un error sostenerle la mirada, porque era imposible decirle que no. Tragó y consiguió relajarse.

—Entonces enséñame.

Sus ojos se clavaron en los de ella antes de fijarse en las cartas.

—Jugaremos al póker —le explicó mientras las barajaba.

Ella notó que tenía unas manos elegantes y dedos largos. ¿Tocaría el piano?

—Jugaremos al póker cerrado y empezaremos con una apuesta.

—Perséfone se miró a sí misma, no había traído su bolso, pero el hombre se apresuró a decir—: Una pregunta, entonces. Si yo gano, responderás a cualquier pregunta que te haga, y si ganas tú, yo responderé a la tuya.

Perséfone hizo una mueca. Sabía lo que él le iba a preguntar, pero responder a las preguntas era mucho mejor que perder todo su dinero y su alma.

—Trato hecho.

Aquellos sensuales labios se curvaron en una sonrisa que acentuó las líneas de su rostro y lo hicieron aún más atractivo. ¿Quién era este hombre? Supuso que podría preguntarle su nombre, pero no estaba interesada en hacer amigos en el Nevernight.

Mientras repartía cinco cartas a cada uno, el hombre le explicó que, en el póker, había diez posibles combinaciones, siendo la de menor valor la llamada carta alta y la de mayor, la escalera real. El objetivo era sacar mejor mano que el otro jugador. Explicó otras cosas como pasar, retirarse y marcarse un farol.

—¿Farol? —dijo Perséfone.

—A veces, el póker es solo un juego de engaño... especialmente cuando estás perdiendo.

Perséfone miró su mano y trató de recordar lo que había dicho sobre las diferentes combinaciones. Puso sus cartas boca arriba y el hombre hizo lo mismo.

—Tienes una pareja de reinas —dijo—. Y yo tengo un *full*.

—Entonces... tú ganas —dijo ella.

—Sí —respondió él, e inmediatamente reclamó su premio—. ¿Contra quién te estás rebelando?

Ella sonrió con ironía.

—Mi madre.

Él levantó una ceja.

—¿Por qué?

—Tendrás que ganar otra mano si voy a responder.

Repartió otra y volvió a ganar. Esta vez, no hizo la pregunta, solo la miró, expectante.

Ella suspiró.

—Porque... me hizo enfadar.

Él la miró fijamente, esperando, y ella sonrió.

—Nunca dijiste que la respuesta tuviera que ser con detalles.

Su sonrisa coincidió con la de ella.

—Anotado para el futuro, te lo aseguro.

—¿El futuro?

—Bueno, espero que no sea la última vez que juguemos al póker.

Las mariposas le estallaron en el estómago. Debería decirle que esta era la primera y última vez que iría al Nevernigh. Pero no se atrevió a pronunciar las palabras.

Volvió a repartir y ganó. Perséfone se estaba cansando de perder y de responder a sus preguntas. ¿Por qué estaba tan interesado en ella? ¿Dónde estaba la mujer con la que había estado antes?

—¿Por qué estás enfadada con tu madre?

Pensó la respuesta durante un momento.

—Ella quiere que sea algo que no puedo. —Perséfone dejó caer su mirada hacia las cartas—. No entiendo por qué la gente hace esto.

El hombre ladeó la cabeza.

—¿No estás disfrutando de nuestro juego?

—Sí, pero... no entiendo por qué la gente juega al «Hades». ¿Por qué querrían venderle su alma?

—No aceptan un juego porque quieran vender su alma —dijo—. Lo hacen porque creen que pueden ganar.

—¿Lo hacen? ¿Ganan?

—A veces.

—¿Crees que eso le cabrea? —La pregunta estaba destinada a permanecer como un pensamiento en su cabeza, sin embargo, las palabras se deslizaron entre sus labios.

Él sonrió, y ella pudo sentirlo en lo más profundo de sus entrañas.

—Cariño, *yo* siempre gano.

Los ojos de Perséfone se abrieron de par en par y su corazón se aceleró. Se levantó rápidamente y su nombre salió de su boca como una maldición.

—*Hades*.

Su nombre pareció tener un efecto en él, pero ella no podía decir si era bueno o malo: sus ojos se oscurecieron y las líneas de su sonrisa se fundieron en una máscara dura e ilegible.

—Tengo que irme.

Se giró y salió de la pequeña habitación.

Esta vez no dejó que él la detuviera. Bajó a toda prisa por los serpenteantes escalones y se sumergió en la masa de cuerpos de la planta principal. Al mismo tiempo, era muy consciente de la parte de su muñeca donde los dedos de Hades habían tocado su piel. ¿Era exagerado decir que ardía?

Tardó un rato en encontrar la salida, y cuando lo hizo, atravesó las puertas. Una vez fuera, respiró hondo antes de llamar a un taxi. Al entrar, envió un mensaje a Lexa y le dijo que se iba, y aunque se sentía mal, no le parecía justo hacer que Lexa se fuera antes de tiempo solo porque ella no podía quedarse en esa torre ni un minuto más.

La magnitud de lo que había hecho la golpeó. Había permitido que Hades, el dios del Inframundo, le enseñara, la tocara, jugara con ella y la interrogara.

Y él había ganado.

Pero eso no era lo peor.

No, lo peor era que había una parte de ella, algo que no sabía que existía hasta esta noche, que quería volver a entrar, encontrarlo y exigirle una clase de anatomía.